

FILOSOFIA Y VIRTUALIDAD

El terreno de la filosofía, tal como yo la entiendo, es el lenguaje. Su quehacer se configura en el esfuerzo por traer a palabra lo que se nos manifiesta y en el análisis de lo traído a palabra. En el lenguaje se articula la comprensión de nosotros mismos, del mundo en que vivimos y de lo que él acontece. Comprender algo significa poder habérselas de una determinada manera, comportarse en relación a algo según una cierta disposición. En nuestros compartimientos siempre estamos ya dispuestos o predispuestos de una cierta manera. El modelo de la comprensión no es la aprehensión sino la proyección. La tarea de la filosofía consiste en esclarecer la articulación de la comprensión de un fenómeno o de un evento, a partir del análisis de sus presupuestos, es decir, de aquello desde lo cual estamos ya dispuestos o predispuestos en el mundo.

¿Cuáles son –cabría preguntar, entonces – los presupuestos que predisponen nuestro comportamiento para con aquello que llamamos lo virtual? ¿Qué significa lo virtual? ¿A qué llamamos lo virtual? ¿Qué articulación de la comprensión se gesta en el empleo de esta palabra?

La palabra “virtual” procede del latín medieval *virtualis*, que a su vez deriva de *virtus*: fuerza, potencia. Que algo sea en potencia quiere decir que tiene el poder, la fuerza, para llegar a ser algo, pero que todavía no es- entiéndase, en acto – plenamente. Si entendemos por real sólo lo que es en sentido pleno, entonces lo que es en potencia, lo virtual, no es lo real; y si entendemos lo que es en acto- es decir, lo que ya no es potencia- sólo en sentido temporal, entonces lo real es lo actual como lo puramente presente, la actualidad. Así las cosas, virtualidad se opone a realidad porque realidad significa actualidad.

Desde este presupuesto, que se remonta a una interpretación de la metafísica aristotélica, habría que sostener que lo virtual no es real, pero ya el sano sentido común nos dice que esta conclusión es inaceptable. Surge entonces la cuestión paradójica de la realidad de la virtualidad o el problema de qué tipo de realidad es la virtualidad. Por esta vía, el filósofo cae en la tentación de preguntar por la realidad misma: ¿cómo deberíamos entender lo real para que incluyera lo virtual? Pero por esta vía también se desliza una tentación aún mayor, la pregunta: ¿cuán real es lo real? Una pregunta peligrosa, para algunos en el límite de lo aceptable, pues, en ella se insinúa la sospecha de que en verdad no hay de suyo lo que llamamos lo real sino que todo es virtual. Si rompemos la cáscara de lo real sino que todo es virtual. Lo real sería sólo uno de los

mundos posibles. Lo que llamamos real no sería sino una interpretación amarrada a la voluntad del sujeto interesado en mantener con ella una relación vinculante. Pero de nuevo, el sano sentido común parece decirnos que las cosas no pueden ser así: la diferencia entre una casa real y una casa virtual en *archicad* no es sólo una cuestión de interpretación del sujeto. Ahora sí estamos en un problema: ni lo virtual es real ni lo real es virtual. Este presupuesto ontológico parece conducir a un callejón sin salida.

Tal vez deberíamos volver al pensamiento aristotélico y entender que lo que llamamos real no es actualidad sino *actualización*, a saber, actualización de una potencia, de algo cuyo ser consiste en poder ser. Así, lo virtual sería concebido como momento de lo real. Si se trata de un viviente cuya generación es continua, sin intervención de terceros, entonces, su actualización es necesaria. Si se trata de algo no-natural, llamémoslo artificial, algo cuyo principio del movimiento, no radica en él mismo sino en otro, en el arte, en la técnica, su actualización es posible, en el sentido de no-necesaria. El conjunto de ladrillos, maderas y cemento, allí disponibles, es decir los materiales, la materia, son en potencia una casa, su actualización depende del empleo del arte o de la técnica de la construcción que imprime en ellos la forma correspondiente. Esto, forzando un poco las cosas, también podríamos decirlo de la casa virtual disponible en el programa computacional del arquitecto, a saber, que se actualiza mediante el arte del constructor. Pero la casa virtual es más bien forma que materia, más bien acto que potencia. Así las cosas, la realidad propia de la virtualidad de la casa virtual del arquitecto no consiste en ser actualización de una potencia material, esto correspondería a la realidad de la casa real. Nuevamente se escabulle la realidad de la virtualidad.

El presupuesto ontológico de origen aristotélico se muestra insuficiente para concebir aquello que hoy llamamos lo virtual. ¿Se deberá esto a una mutación del significado original latino de la palabra virtual? ¿De qué estamos hablando entonces cuando empleamos el giro “realidad virtual”? En otro sentido, diverso a aquel en el cual “virtual” es asociado a “ser potencial”, el término “virtual” se emplea para expresar la condición de sustituto de algo, algo que cumple la función de otro, que toma su lugar; así por ejemplo, se habla de almacén o depósito virtual, un determinado software cumple esa función. Se dice que este uso de “virtual” es una adaptación que la informática ha hecho del empleo de “virtual” en la óptica, como cuando allí se habla de una “imagen virtual” – la imagen del espejo, por ejemplo. Es probable que en ocasiones surjan problemas, turbulencias conceptuales, por no distinguir suficientemente el origen de estos empleos. No obstante la cuestión de fondo – como potencial o sustituto- que interesa al filósofo es el status ontológico de lo virtual.

Desde otra perspectiva, desde el presupuesto abierto por el subjetivismo de la modernidad, se ha configurado una concepción de lo virtual, que parece haber asumido como lema, como pilar central, una tesis que recuerda el título de la obra de un filósofo, por lo demás muy pesimista: *el mundo es voluntad y representación*. Permítase referir brevemente algunas apreciaciones del investigador colombiano Luis Marín: “Las cosas no existen por sí mismas, existen por nuestra mirada, por nuestro uso, por nuestro cálculo, por nuestra expectativa. El animal simbólico es una fuerza que interpreta, que constituye el mundo, que constituye el sentido....No vivimos en medio de las cosas, sino en medio de la representación de las mismas. “Luego Marín agrega: “Lo virtual es un elemento de la estructura antropológica y un elemento de la estructura de la realidad. Las acciones humanas, las percepciones y el lenguaje, son estructuras configuradoras de la realidad. La estructuración de la realidad es una interpretación, una construcción comprensiva de la misma, la comprendemos a través del lenguaje, de la acción y de la tradición.” Estas apreciaciones no son nuevas, nos son familiares en la tradición hermenéutica. La conclusión, sin embargo, me parece sorprendente: “El mundo humano es virtualidad pura”. Si las cosas fueran así, entonces, no estaríamos traspasando ninguna frontera cuando entramos al llamado “mundo virtual”. El “espacio virtual” no sería sino una ampliación, posibilitada por el desarrollo de la tecnología, del espacio corriente, de suyo virtual en tanto significativo. No habría una diferencia esencial entre comprar un pasaje adquiriendo un boleto en la ventanilla de la estación de ferrocarriles y efectuar esa transacción vía internet desde el PC de mi escritorio. Caminar o navegar por el espacio virtual nos deja expuesto a los mismos peligros que hacerlo a través del llamado espacio real: engaños, suplantaciones, estafas, piraterías, etc. Deberíamos, en consecuencia, al emprender un viaje virtual tomar las mismas precauciones y seguros que la prudencia nos aconseja para cualquier viaje, pues en definitiva todos los viajes serían virtuales y el peligro acecha a la hora menos pensada. Con todo, si bien en la práctica, una transacción virtual es una transacción; una excursión virtual no es igualmente una excursión. Tomar un avión y luego una camioneta en Puerto Montt para una excursión de pesca con mosca a Hornopirén –al inicio de la carretera austral del sur de Chile- es una experiencia que casi nada tiene que ver con el entretenimiento que ofrece un programa de pesca virtual disponible a cualquier hora en el computador de mi casa. Por más analogía simbólica o semántica que se pudiera establecer. El sentido común y la experiencia así lo muestran. No todo es virtual o el mundo no es sólo voluntad y representación. Ahora, entonces, el presupuesto subjetivista moderno resulta insuficiente como predisposición para habérsela, comprendiendo, con lo propio de lo que hoy, en el terreno de la informática, llamamos lo virtual.

Quisiera, a continuación, referirme a una concepción de lo virtual diferente de las anteriores que toma como punto de partida una modificación del modelo aristotélico. Decíamos que lo llamamos real puede ser entendido como la actualización de una potencia determinada – una encina es la actualización del árbol que en potencia es una bellota. El sociólogo francés Pierre Lévy –a menudo referido en la literatura filosófica sobre virtualidad– propone concebir lo virtual –según sus palabras– no como manera de ser sino como dinámica, es decir, –sostiene– como *virtualización*. Según Lévy: “La virtualización puede definirse como el movimiento inverso a la actualización de una potencia determinada –una encina es la actualización del árbol que en potencia es una bellota. El sociólogo francés Pierre Lévy –a menudo referido en la literatura filosófica sobre virtualidad– propone concebir lo virtual –según sus palabras– no como manera de ser sino como dinámica, es decir, –sostiene– como *virtualización*. Según Lévy: “La virtualización puede definirse como el movimiento inverso a la actualización. Consiste en el paso de lo actual a lo virtual, en una “elevación a la potencia” de la entidad considerada. La virtualización no es una desrealización (la transformación de una realidad en un conjunto de posibles), sino una mutación de identidad, un desplazamiento del centro de gravedad ontológico del objeto considerado: en lugar de definirse principalmente por su actualidad (una “solución”), la entidad encuentra así su consistencia esencial en un campo problemático. Virtualizar una entidad cualquiera consiste en descubrir la cuestión general a la que se refiere, en mutar la entidad en dirección a este interrogante y en redefinir la actualidad de partida como respuesta a una cuestión particular”. Un ejemplo de virtualización en este sentido es el hipertexto. La experiencia del hipertexto nos es hoy familiar. “Contrariamente al texto clásico, lineal y estático, el *hipertexto* sólo se concibe sobre un soporte dinámico, es una red de n dimensiones, con una multiplicidad de recorridos posibles. El hipertexto es una matriz de textos virtuales o un texto de geometría variable.” Un texto virtualizado redefine su actualidad en función de n problematizaciones. Toda entidad es virtualizable en sentido, es decir, redefinible en un campo problemático o pragmático. Virtualizar no es en este concepto desrealizar, negar o suplantar la actualización que constituye lo real, sino abrir lo real al mundo de lo posible, multidimensionarlo. El texto ya no es más lineal, unidimensional.

Esta concepción de lo virtual como virtualización, que tiene la virtud de poner a salvo lo real, aparentemente tiene su origen –como se dijo– en una modificación del modelo o presupuesto aristotélico –virtualización es el movimiento inverso a actualización. Digo aparentemente, porque si bien parte de esa base, incorpora como elemento central una tesis de proveniencia hermenéutica. (La hermenéutica –dicho en

general –es esa teoría filosófica acerca del comprender para la cual su cuestión principal es la constitución del sentido.) Gadamer –el fundador de la hermenéutica filosófica –sostenía una y otra vez que un texto tiene sentido sólo si es interpretado o leído como respuesta a una pregunta previamente adelantada, de manera que lo primero que tengo que descubrir es a qué pregunta responde el texto en su constitución. Esta misma estructura proyectiva del comprender se efectúa en la comprensión del ser de cualquier ente: un evento social, un evento científico o una obra de arte. La hermenéutica de Gadamer, empero, no tiene su origen en la teoría de la entidad aristotélica sino, como es sabido, en la ontología de Heidegger. (Heidegger, como sabemos, es el principal crítico de la teoría de la entidad o metafísica occidental, a quién acusa de haber abandonado u olvidado la esencial pregunta por el ser.) La tesis de la virtualización de Lévy, de suyo fructífera en tanto integra la virtualidad en la pragmática del sentido, a mi parecer, queda innecesariamente cargada del planteamiento aristotélico.

Otra línea de reflexión filosófica ha tomado un punto de partida diferente. El pensar de Heidegger como revisión de la metafísica. Se trata de un pensar que atiende –por así decir –a las modulaciones históricas de la comprensión del ser de los entes. Éstas configuran el trasfondo de una época. Así, mientras en la época moderna el ser de las cosas resulta inseparable de la intuición empírica (Kant) o incluso idéntico con el ser percibido (Berkeley), cabría preguntar hoy en la época técnica por aquella comprensión del ser dominante, por la cual el ser de las cosas resulta ser lo calculable y sobre esa base ahora lo digitalizable.

Para terminar, permítaseme citar brevemente a Rafael Capurro –autor de *Contribuciones a una Ontología Digital* y de *Proyecto digital del mundo. Un ensayo en la perspectiva heideggeriana*:

“Desde la historia de la metafísica son ante todo Platón y Leibniz los estadios previos del proyecto digital del mundo. Las ideas de Platón ciertamente dan forma al mundo material, sin embargo, son separadas de él. Reconocer esto, exige una inversión de la mirada habitual puesta en el mundo de los sentidos, la cual Platón paradigmáticamente describe en el Símil de la Caverna como un proceso cibernético. Cibernético porque este proceso no acontece por sí mismo, sino mediante la conducción de sí mismo (*kybernein*). El filósofo (Sócrates) es capaz de dar un empuje para ello.”

“Este camino metafísico caracterizado por la lógica y la matemática llega a ser con Leibniz más empírico y técnico. Las Formas platónicas son traducidas en el lenguaje universal del cálculo lógico. Este llega a ser la base de la máquina de calcular.

La virtualidad no parece ser la consecuencia del desarrollo relativamente reciente por la tecnología, sino de un sendero abierto ya en la antigüedad por el pensar reflexivo y transitado por la metafísica griega a través de la modernidad hasta nuestros días.

En esta breve presentación, he intentado mostrar que desde el punto de vista de la filosofía la cuestión de la virtualidad no puede ser abordada sin cuestionar a la vez los presupuestos desde la cual se plantea . Ningún abordaje puede aquí ser ingenuo. Naturalmente podemos y debemos reflexionar sobre los problemas pedagógicos, sociológicos, éticos, económicos y jurídicos que nos plantea la llamada “realidad virtual”, todos ellos urgentes, y cada uno de los cuales, a su turno, delata un aspecto filosófico particular de suyo digno de reflexión. Pero hay problemas de fondo, más radicales, se dice, que no se pueden soslayar. Siempre los más antiguos y primarios. ¿En qué estamos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Tras los beneficios prácticos innegables que ha traído la virtualidad, acecha, como algunos creen un gran peligro? ¿Es o significa la virtualidad una hiperrealidad y ésta una desmundanización del mundo –entendido el mundo como aquella totalidad de sentido a cuyo resguardo habitamos la tierra?

Carlos Martel Llano
Universidad de Valparaíso